

Urbanismo

LAS conferencias que el renombrado urbanista profesor Jaussely acaba de dictar en nuestra Universidad, nos dan nuevamente la ocasión de ocuparnos de este problema y de medir lo que prácticamente haya sido realizado o esté en vías de serlo por nuestras autoridades.

¿Existe en realidad para nuestro Municipio un plan armónico de realización inmediata o de previsión que permita vigilar o guiar su futuro crecimiento? A esta pregunta fuerza nos es contestar negativamente. Nada sabemos aún de las grandes líneas generales dentro de las cuales nuestra ciudad, fatalmente, deberá desarrollarse para lograr el puesto a que tiene derecho como capital de una nación llamada a gran desenvolvimiento por sus evidentes progresos en todos los órdenes. Y no son sólo los problemas lejanos los que con evidente incuria dejamos aproximar sin inquietarnos: los mismos problemas inmediatos, los actuales, los que plantea ya la vida cada vez más intensa de la ciudad no reciben tampoco atención preferente y se solucionan así un poco al azar, como por otra parte no puede menos de suceder desde el momento que sólo se les estudian como proposiciones aisladas, — sin buscar la raíz misma que los produce, — siendo a menudo síntomas de estados más generales que sólo aparecen con el estudio de una organización vasta y metódica.

El esfuerzo realizado por otras ciudades europeas o americanas, algunas de ellas inferiores a la nuestra como aglomeración de habitantes, constituye un hermoso ejemplo y una sabia lección que estamos a tiempo de aprovechar. Porque evidentemente es lamentable pensar en la cantidad de errores que el tiempo irá acumulando y que tarde o temprano deberán repercutir dolorosamente en la vida del conjunto urbano, situación que no es del todo inevitable si la inteligencia y la previsión humanas intervienen para encauzar los movimientos de ese organismo que día a día vemos crecer.

Indudablemente, un plan que organice a la ciudad no se puede improvisar en un día. El problema es arduo, erizado de dificultades de índole técnica o artística que imponen al especialista una seria disciplina en el estudio que debe guiarlo hacia la solución final, y que luego, una vez de hallada ésta, exigen una inflexible aplicación y un riguroso contralor de sus principios; pero nuestro país cuenta entre sus técnicos con capacidades merecedoras de una confianza que les permita abocarse a esas tareas y proponer la solución que más convenga a nuestra urbe.

De otra manera, la complicación que el pro-

greso trae continuamente agravará en época no lejana nuestras dificultades urbanas.

Una de las fases más graves de nuestra falta de plan armónico es la que deriva al terreno económico, empobreciendo a nuestro Municipio con cargas gravosas y creándole a veces complicaciones insalvables por la escasez de sus recursos. Merece entonces la pena meditar sobre lo venidero y prever las derivaciones que el desarrollo de la ciudad traerán aparejadas, porque en este caso previsión es ahorro de esfuerzos y economía de dinero.

Caras se pagan ahora las consecuencias del desconcierto en el crecimiento urbano caprichosamente realizado, apreciándose ya los defectos de los barrios en que se ha extendido la ciudad, barrios que si bien pertenecen a ella por hallarse comprendidos en los límites del llamado amanzanamiento oficial, igual en todas partes y con todas las topografías, — el amanzanamiento del Cerro es un ejemplo extraordinario, — no tienen en cambio nada de lo que da verdadera fisonomía a la vida urbana, y carecen de los servicios indispensables en las aglomeraciones humanas. A medida que el tiempo pasa, más difícil y más oneroso también será el remedio que elimine esos males.

Los problemas que plantean las ciudades son generales y comunes a todas ellas. No son solamente las grandes capitales las que tienen necesidad de esa intervención de los técnicos: todas ellas, chicas o grandes, exigen el mismo interés en su desarrollo para evitar justamente su defectuoso crecimiento. Y ese interés debe ser aún más señalado en ciudades que, como la nuestra, están llamadas a un desarrollo vigoroso.

Por lo pronto podemos observar que una ciudad como Montevideo de medio millón de habitantes, no ofrece en su aspecto las características de gran ciudad. Y asombra pensar que en ciertas ciudades europeas, muy inferiores en número a Montevideo, la intensidad de la vida urbana y la comodidad de la misma sea infinitamente superior a la nuestra.

A ese defecto no es ajena la falta de densidad de la población, que se ha desparramado en innumerables villorrios suburbanos sin ningún atractivo. Y ese es una grave falla de nuestro crecimiento.

Es necesario, pues, prever y corregir. Y nuestros técnicos deben inmediatamente iniciar su obra, sin perjuicio del asesoramiento que siempre será valioso, de los grandes valores del urbanismo universalmente reconocidos.